

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción. En la Península: Un mes, 1,50 ptas.—Tres meses, 4,50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0,05 cts. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. No se devuelven los originales. Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones. El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

De actualidad

Tranquilizado nuestro país interiormente, digamos así, la atención de éste, que hasta ahora estaba dividida entre la campaña de Melilla y los sucesos de Cataluña, ha vuelto á concentrarse en el desarrollo de la primera.

Es notable la reacción que sobre el particular se ha operado en el espíritu público. A los deseos pacifistas y aun á las protestas antiguerreras de un principio, ha sustituido un vehemente alán por el avance de nuestras tropas en el territorio rifeño; y tal vez quienes antes se mostraban menos partidarios de la acción militar de España en el Norte de Africa, sean ahora los más impacientes en sentido opuesto.

Llegase á temer que las actuales operaciones no sigan adelante; hipótesis que produce desencanto y contrariedad generales.

Consideramos infundados esos temores, cuya confirmación podría implicar algo que, por ser poco conforme con el decoro nacional y el prestigio del ejército y por estar muy lejos de satisfacer las legítimas aspiraciones del público, creemos que evitarán nuestros gobernantes. Pero también opinamos que deben reprimirse las impacencias y calmarse las inquietudes, reconociendo que puede haber justos motivos para retardar el avance, y confiando en que este se hará, cuando deba hacerse, sin que, aunque tarde un poco, deje de ser hecho.

De relación nuestra campaña en Melilla con el problema general de Marruecos?

Cuestión es esta que hoy ha renovado el aserto que el general Marina consignó en su reciente alocución de que «Europa nos ha confiado la misión honrosa de abrir paso á la civilización en aquel país salvaje, y hemos de cumplirla».

Objetase á esto que si España obra solo como mandataria de las potencias europeas, pueden estas retirar el mandato cuando lo tengan por conveniente.

Nosotros opinamos que en la empresa acometida por España en el Riff, tiene aquella dos finalidades que perseguir, una que á la misma afecta directa y exclusivamente, la vindicación del agravio recibido, así como la defensa de sus posesiones é intereses en el Norte de Africa, y otra, de carácter internacional, el cumplimiento del encargo que se le hizo y compromiso que contrajo en la conferencia de Algeciras.

Lo que ha sucedido es, que el ultraje inferido y cuya vindicación nos urge á los españoles, ha precipitado algo el comienzo de una misión civilizadora.

Ella siempre con necesidad, mayor de día en día; porque las cosas en Marruecos están llegando á un punto verdaderamente intolerable.

El reinado del actual Sultán marca un visible retroceso en las no muy adelantadas costumbres de aquel imperio

Rómulo.

LA PRIMERA COMEDIA

Mariano habíase criado con todas las comodidades que pueden dar á sus hijos los empleados que disfrutan de un sueldo capaz de subvenir á las múltiples necesidades de un hogar modesto.

Recibió en la niñez una educación aún más elevada de la que en sí podía darle el autor de sus días, vislumbrándose un halagüeño porvenir por poseer Mariano—así le llamaban sus familiares—una inteligencia precoz, aguda...

Vefasele—cuando apenas contaba nueve años—leer con fruición á autores célebres, gastando con prodigalidad cuanto dinero daban sus ascendientes en obras científicas y literarias, haciendo exclamar envidioso de satisfacción y orgullo á su padre: «Mi hijo será un talento que legará á la inmortalidad su nombre!»

Tal vez no tendría catorce años cuando por mediación de un amigo de la casa, redactor del semanario local «La Propaganda» se publicó en este periódico un artículo hecho por Mariano que agradó en extremo al cuerpo de Redactores de la aludida publicación; en ese trabajo hubo de notarse que su firmante atesoraba una prosa fácil y profunda, desarrollando concepciones con pasmosa facilidad y dando coloridos á las ideas que germinaban en el cerebro del novel escritor en tan elevados tonos que sus lectores empezaron á interesarse por leerle cuando éste siguió con su intelecto pródigo llenando columnas de «La Propaganda».

Cuando más necesario le era, falleció Manuel—su padre—teniendo que dedicarse aquel á un oficio, puesto que con la muerte del que le dió el ser vino en su casa la desolación y la ruina, somiéndose en la más terrible estrechez á sus cohabitantes.

Eligió el de carpintero, y puso todo el interés que demanda el que desea crearse un medio de vida, por domi-

nar con la perfección posible el arte que había de proporcionarle su sustento y el de su impedida madre yacente en el lecho sin otro amparo que el del adolecente hijo.

En los ratos libres leía periódicos con avidez y frecuentemente alternaba con los oficiales de la carpintería en los debates que sobre cualquier tema político-social se explanaba; dando margen á que estos viesan en él una inteligencia nada común y de non en aquel local donde únicamente había cerebros incultos, incapaces de concebir nada que no fueran ideas anacrónicas.

Revatía, nuestro protagonista, punto por punto cuanto exponían los oficiales del taller, y pronto éstos llegaron á tenerle envidia, no desperdiçando ocasión para al unisono echar á chacota y censurar algunas de las obras que el aprendiz había tenido la inmerecida atención de leerles...

Trancurrieron diez años; Mariano era ya el primer oficial de la carpintería; habíase creado una familia, teniendo albergada en su regazo á la madre impedida.

El siguió escribiendo, trabajos que rara vez se publicaban porque carecía de una mano protectora que le abriera camino por donde acreditar su pluma.

Hizo una comedia en prosa, enseñóla á sus amigos y deudos y todos convinieron en que había argumentado interesante, lleno de chistes «cuántas peor se han estrenado en la capital de la Monarquía», exclamaban sin cesar los que le oían recitar sus «Flores marchitas».

Todos le daban la enhorabuena, á excepción de los compañeros del taller, quienes atrojados sus sentidos, sin otras aspiraciones que las de seguir siempre la monótona existencia dependiente del modesto jornal; incapaces para embrionar nada que saliese del reducido círculo de su ignorada personalidad, en vez de llevar siquiera el ánimo al espíritu del autor de «Flores marchitas», censurábanle duramente la obra, presagiando un fracaso de llegar á conseguir que se pusiera en escena.

Pero Mariano no cejó en su empeño; procuróse una filantrópica protección y el estreno de su primera comedia fué el primer peldaño que le condujo á la gloria.

Sus ex-compañeros de carpintería siguen cual el tic-tac del reloj la siempre igual existencia del obrero falto de cultura que ni posee dotes intelectuales para mejorar su situación social, ni hacen por educarse é instruirse, so lo si poniendo obstáculos dentro de

su esfera de acción al objeto de que por el mero hecho de ser operarios como ellos, se circunscriban al trabajo del taller, sin otras aspiraciones ni otros ideales que tanto entusiasma á las clases pudientes y elevadas ver en un artista, cuanto exacerba el ánimo á los compañeros del que se quiere elevar á regiones de mayores aspiraciones...

KARUSO.

Fuertes y débiles

El Roghi, ese maniático de grandezas, que ha estado dando la lata á los sultanes de Marruecos durante tanto tiempo, ha llegado á la cúspide de la notoriedad desde que ha caído en poder de sus verdugos. Su nombre circula por la prensa universal con una profusión extraordinaria.

Todo ello por el hecho de mostrarse altanero con sus enemigos, lo que hace pensar á las personas sensibles: ¿pero ese hombre se está buscando un fin desastroso? A primera vista, parece que sí. Otros dicen que ese es el camino para triunfar.

A merced del vencedor, el Roghi lo exaspera con sus altanerías en vez de aplacarlo con sus humildades; y el que más y el que menos espera encontrar en los periódicos la noticia de que ese desventurado cautivo ha sido echado á cocer é freir en aceite hirviendo.

Lejos de eso, las crónicas periodísticas presentan preocupado al Sultán con las cosas que le dice el Roghi. Es posible que no le preocupasen las lisonjas, pero ¿qué pueden importarle al emperador de Marruecos las censuras de un hombre atado de pies y manos y cuya vida esté á merced suya?

Sin duda lo que le diga el Roghi, debe ser algo que percibe en el ambiente; esas cosas que nadie dice y que sin embargo se oyen por todas partes, algo que está en la conciencia popular y que asusta á los poderosos cuando se exterioriza ó condensa en el reproche de un débil ó un vencido.

Sultanes como ese y Roghis como ese, aun cuando sin su respectiva majestad y altanería, abundan por doquier fuera de Marruecos. No hace falta ser sultán ni prisionero de una mehalla para oír esos ecos de la conciencia, ni esas censuras de los vencidos.

A montones hay por esos mundos

de Dios gentes enreídas que no se atreven á aplastar el reptil que les amenaza ó les provoca. Sin duda temen, más que á nadie, á lo que su misma conciencia les dice.

Ese temor indefinible é indefinidamente un signo de redención. Las almas fuertes, los temperamentos enérgicos, los instintos de violencia, tienen, como el acero, su límite de elasticidad, y no lo traspasan, porque el excederío es peor mil veces que la satisfacción de un mal deseo.

El Roghi adquiere ahora una gran notoriedad que redundará en perjuicio del sultán de Marruecos. Éste lo sabe, y sin embargo no se ceba en su vencido rival, y eso mismo le hace también merecer alguna simpatía de la multitud de curiosos cosmopolitas que le contemplan.

La situación respectiva del vencedor y del vencido, no es exactamente la del gato y el ratón. El primero juega con el segundo hasta que lo marea y aturde, y entonces lo destruye, abandonando sus despojos al azar.

No es ese el caso; el caso es el del domador en una menagerie de fieras. Una de éstas, no se humilla al castigo ni á la falta de libertad. Cada vez que ante sus barrotes pasa el domador le gruñe y le amenaza aun cuando tiene el convencimiento de encontrarse á su merced.

Ahora bien, el Roghi ¿es hombre ó es fiera? El sultán ¿es domador ó pusilánime? He ahí un misterio, que en el fondo no es de ahora porque los fundamentos en que se apoya y descansa son tan antiguos como la humanidad.

La verdadera fuerza no es, sin duda la que aplasta, sino la que contiene. Si eso lo estudiasen y lo considerasen los que se creen fuertes, siendo en realidad débiles, acaso los términos del progreso y de la civilización serían otros; porque entonces no habría fuertes ni débiles... todos serían unos.

ABEL MART.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

La sucesión del tiempo, esa inexorable ley que no hay rata, planta ni mortal que se escuse de ella, ha destronado al mes de Agosto, para que su sucesor el mes de Septiembre em-

puñe el cetro del omnímodo poder. El soberbio Agosto, con sus veladas en mar y tierra, con sus fantásticas iluminaciones y sus fuegos acuáticos y terrestres, ha pasado á la historia dejando un vago recuerdo de toda su magificencia y varios bolsillos completamente anémicos de pasta.

Pasó el octavo mes del año y nos encontramos en pleno reinado del noveno.

Septiembre el de los días de cielo anubarrado y fristones; el temido por los estudiantes que quedaron suspensos en Junio; el que por efecto de sus lluvias hace que los ríos se salgan de madre y arrastren las desbordadas aguas todo lo que á su paso encuentran, el de las brisas anunciadoras de la proximidad del invierno; ha subido al poder, queramos ó no, todos los mortales, incluso Maura, y estaremos durante sus treinta días sujetos á sus caprichos.

Bien venido seas, mes de las tormentas, y yo te suplico que con tus lluvias no anticipes la entrada del riguroso invierno; pues somos muchos, pero muchos, los que no tenemos trajes de abrigo ni aún esperanzas de tenerlos.

OTEMA.

Deseos laudables

La infantería de Marina

Que en los momentos actuales sienta todo hombre deseos vehementes de servir á la Patria con las armas en la mano, es cosa muy lógica y pone muy alto el patriotismo nunca desmentido de todo buen español. Pero aún es mucho más natural y excede á lo lógico que estos deseos, centuplicados si es posible, los demuestre cualquier corporación militar, y máxime si ésta ha tenido siempre el honor inmenso y la satisfacción que produce ese mismo honor, de no haber dejado de asistir á ningún lugar en que la patria ultrajada ó mancillada la bandera, tuvo la nación necesidad de la sangre de sus soldados para lavar duramente el ultraje.

En este honroso caso se encuentra la Infantería de Marina, Cuerpo cuya brillante historia es conocida hasta de las clases más humildes, y no hay acción gloriosa de nuestro Ejército que no alcance á suel, ni empresa marítima que no los comprenda á ellos también. Cuerpo de organización militar igual á la de Infantería de tierra, se rige con arreglo á sus mismos principios tácticos en el combate, y sus

Poetas Cartageneros 5

D. Tomás de Briones.
† 1899

EL VETERANO

POEMA.

Fragmento de la batalla.

Hablando está el anciano con voz clara,
más no del abandono y la pobreza
que á su vejez la suerte le depara.

Sus males ha olvidado y con nobleza
triumfos recuerda de sin par medida,
hechos relata de sin par grandeza.

Brotó su voz con expresión sentida,
su sangre, ya por la vejez helada,
vuelve á correr cual lava enardecida.

Viejo conserje de la edad pasada,
las altas glorias del Señor presenta
juntas con la epopeya de la espada;
y aborta está la muchedumbre atenta.

8 El Eco de Cartagena

y doy mi adios, para glorioso viaje,
al fastuoso palacio de Aqua-viva;
y cambiando de oficio y de ropaje,
trueco al punto por áspera marlot,
mis corteseanos hábitos de paje.

Pronto, muy pronto la cristiana flota,
en su seno me vió, y alegre, atento
yo la línea seguí de su derrota,
y de la tempestad ante el aliento,
me daba orgullo en desigual pelea,
combatir contra el férvido elemento!

De Octubre el alba séptima clara:
la hora de sexta acércaase despacio
mientras sumisa arrulla la marea.
Un acceso febril, duro y reacio,
me postraba en el lecho, donde ardía
poblando de quimeras el espacio,
cuando la voz vibrante de un vijila,
que apostado en el tope estaba alerta,
«vela por estribor» ronca decía.
Oh! súbito me esguí! Corro á la puerta,
me lanzo hacia la escala vacilante,
y en un momento estoy sobre cubierta.

Algunos enfermeros al instante
procuran contener mi loco exceso,
pero-lucho con fuerzas de gigante.

Poetas Cartageneros